

EL TREN DE LA MALCASADA

JOSÉ LUIS CÁRABES

LA ESCRITURA INVISIBLE



EDITORIAL
TERRACOTA **ET**

Tras hacer el amor toda la santa noche, cuando yo creí que iba a dormirse, se le ocurrió que dialogáramos el rompimiento, que negociáramos el fin de nuestro jineteado Apocalipsis erótico.

—Tengo algo que decirte.

Intuí lo que seguía.

—Sé piadosa. No me lo endulces. Dispara.

—Volví con mi marido. Aunque te quiero, voy a dejarte.

Sonreí, me callé, me vestí, cuidé de no dar portazo, subí a mi carro.

Enfilé hacia el restaurante Las Ojerosas, donde me cucharé un caldo y ya curado me dirigí a la oficina de Chávez Vega.

Al llegar le dije:

—Camarada, acepto tu propuesta. Me llegó la hora de conocer la URSS.

—Vaya, ¿qué te convenció?

—Amo a la Pasionaria, esa virgen roja de tan sexy —le dije para evitar vomitarle mi problema.

Chávez Vega además de muralista era el presidente de la Casa de la Amistad México-Soviética.

Buen amigo y mejor anfitrión, con Chávez Vega el marxismo era líquido, siempre con él encontrábamos el mejor vodka. La amistad méxico-soviética se sellaba con la ingesta de tequila y de vodka.

—No sufrirás en la URSS —me dijo—, porque eres montañés y nada friolento.

En las madrugadas siempre que alguien tiritaba frente a mí le replicaba: Frío, en Siberia.

—Además —agregó Chávez Vega—, vas a estar en tu ambiente. Pareces ruso...

En el Guggenheim, una anciana me confundió con uno de los suprematistas rusos y me pidió mi autógrafo. Firmé Arkady Archipenko, aunque yo sabía que Archipenko es el supercaballo de mi abuelo.

Mi amistad con Chávez Vega se basaba en el chantaje. Yo fui, si no el único sí el sobreviviente testigo de un contrato entre Chávez Vega y los huéspedes de la Casa del Estudiante.

—Maestro, te tenemos chamba. Píntanos dos retratos. Nosotros pagamos los lienzos, marcos y óleos, y además te damos tus rublos.

Mientras a los mercaderes los acusaban de sacadólares, a Chávez Vega lo señalábamos como sacarrublos.

—Por tratarse de ustedes, acepto —dijo Chávez Vega, muralista sin paredes en ese entonces.

Esa misma tarde, en la Casa del Arte le compramos sus lonas, sus pinceles y sus óleos.

—Ya tenemos el material, y hasta te acondicionamos un estudio —le informamos a Chávez Vega, antes de que se arrepintiera.

Vio el estudio, observó la luminosidad de las ventanas sin cortinas, y lo aprobó.

—¿A quiénes voy a retratar? —preguntó como si nosotros fuéramos los vanidosos.

—A Stalin y a Hitler.

—A Hitler, no —protestó Chávez Vega—. Todavía no se han enterado que yo soy comunista vertical.

—No te rajes, maestro, aceptaste y ahora cumples.

—Hitler, no; Stalin, sí...

Intentamos el soborno:

—A Stalin píntalo de rodillas, a Hitler píntalo durante una de tus borracheras. Nosotros proveemos también las botellas.

—Al revés —dijo Chávez Vega—. A Stalin lo voy a pintar durante una gloriosa borrachera, y a Hitler lo retrataré durante la peor de mis crudas —y empezó a carcajearse.

Fuimos con los Cabrera, quienes accedieron a subvencionarnos las botellas por tratarse de una empresa cultural. Al estudio agregamos un tocadiscos y un LP con la VI Sinfonía de Shostakóvich y dejamos que Chávez Vega realizara sus obras de arte.

En mi pinacoteca, salvada de mudanzas, embargos, robos y divorcios, de Chávez Vega conservo un Manolote en tinta china y un Zapata, con el puro encendido en la mano, envidia de fumadores que desde su casa de campo odian el agrarismo.

Yo le pedí a Chávez Vega que a mi Zapata le agregara dos pulgadas de ceniza al puro, para enfatizar el pulso firme del líder campesino, pero el pintor no aceptó.

Una semana después Chávez Vega nos informó que los retratos ya estaban listos para el vernissage.

Entramos al estudio improvisado y vimos los dos cuadros cubiertos con sendas camisas sucias.

Abrimos una botella de vodka y brindamos por el maestro, quien con el trago en la izquierda, como debe ser, con la derecha develó los retratos.

Todos estuvimos de acuerdo en que el retrato de Hitler era soberbio, wagneriano y nietzscheano, el superhombre ario, y el de Stalin, era sólo una caricatura de un abarrotero chaparro, cacarizo y bigotón.

Chávez Vega avergonzado nos pidió la revancha, una segunda oportunidad. Todos nos rehusamos.

Desde entonces Chávez Vega ha pretendido vandalizar su propia obra. Ni siquiera sabe a dónde han ido a parar los retratos. Si el de Hitler lo atesora un nazi prófugo en su sala bauhaus o un skinhead en la ratonera donde almacena sus cadenas, sus macanas y sus chamarras de cuero.

Tras mil ruegos y tres Zapatas (vestido de charro, de mariachi y de hacendado) accedimos a que sobre su firma pusiera un manchón.

Ahora con motivo de mi viaje a Rusia, Chávez Vega y yo negociamos.

Yo, por secreto profesional, olvidaré los retratos, y él sufragará mis gastos, más algunas cortesías.

Tal vez hubiera pagado el boleto para entrar al museo de Madame Tussauds a observar la figura de Lenin, pero en Moscú no se me antojó ir a su mausoleo.

Ojalá me perdone la Matriarca. Ella intentó venir a Moscú a contemplar al ceroso Lenin en su tumba exhibicionista pero se lo prohibió el cura Teófilo Toussaint.

—Si vas a Rusia van a excomulgarte porque es un Estado ateo —la amenazó el clérigo.

El interés por visitar Rusia le nació a la Matriarca cuando don Simón Turcios le dijo:

—Tu padre jamás permitió que lo fotografieran. Es por eso que no hay vera efigie de él, pero si quieres conocerlo te diré que era igualito a Lenin.

La Matriarca no era comunista ni capitalista, no era nada. Vivía en la negación de las ideologías. Su interés por ir a Rusia era estrictamente familiar. Soñaba ir a Rusia para conocer a su padre en la persona de Lenin: misma calva, mismos tipos de gorra, mismos ojos escrutadores, mismos pómulos insolentes...

Evité ir a la Plaza Roja a formar filas en la tumba de Lenin. En tales colas se encontraban los recién casados. Así empezaban su luna de miel. Ante el líder bolchevique abraza-

ban el comunismo como un afrodisíaco eficaz incluso en los climas árticos.

Yo andaba solo, canturreando la canción “Free Again” que le había escuchado a Barbra Streisand.

Antes de treparme al Transiberiano preferí enterrarme, meterme al subterráneo, conocer el metro de Moscú e imaginar a mi general Enrique Lister como albañil de tales obras.

Bajo las bóvedas de mármol sonreí. Los pasajeros me miraban como loco. Para darles la razón también yo dije en voz alta lo que la dama de Arandas exclamó con pleno nacionalismo azteca:

—Allá en Arandas, bendito sea Dios, también tenemos un metro igualito o superior a éste.

La Matriarca ya había planeado cómo financiarse el viaje a Moscú. Vendería unas vacas del hato familiar: entre otras las llamadas “La Camisa”, “La Chilanga” y “La Vaquetona”.

Como las ofreció baratas, merodeaban a la Matriarca los clientes, a quienes les advirtió que para que el negocio se concretara debían comportarse con discreción.

Entre los más tenaces figuraba don Abraham, ganadero tan acaudalado que incluso rentaba sus establos para que la muchachada dirimiera sus batallas con proyectiles de boñiga fresca, en sus patios. También Abraham era culpable de los fétidos olores de las avenidas porque vendía al ayuntamiento carretadas de excremento para abonar los prados de los camellones.

Al descubrirle sus intentos de venta clandestina, el Patriarca no le reclamó nada a la Matriarca. Tiempo perdido en mujer tan necia. Volteó a verme y me dijo:

—Mañana te arreglas porque quiero que me acompañes a la oficina del síndico para dar de baja el fierro en el registro pecuario. Ya la vieja nos va a dejar sin ganado. Vete acostumbrando ahora a la leche de soya, dieta de jabón.

Exageraba el viejo. Yo no tenía que vestirme de gala

para ir a la alcaldía a realizar un trámite burocrático. Por otra parte, quizá el cambio en la alimentación sería prescindir de la leche bronca de sus vacas y consumir leche pasteurizada.

En su enésima bronca conyugal ni siquiera me concedían el papel de árbitro o de amigable componedor. Querían que me adhiriera a uno o a otro bando.

Yo me negué a acompañarlo a la sindicatura, pero le di mis razones, ante el gesto burlón de la Matriarca.

—Yo no voy contigo. Van a burlarse de ti. Después de que fuiste galán ya eres tercera edad y si, además, das de baja el fierro, por comparación dirán que aceptas que ya no soplas.

—¿Y ahora qué hago, hijo? —me preguntó la Matriarca cuando me llamó a la cocina.

Ya en mi papel de gran consejero le sugerí:

—Vete en la peregrinación de las beatas a ver a la virgen negra de Czenstojowa. Sé que el cura Teófilo Toussaint les está dando facilidades de pago. Ya cuando estés allá en Polonia, fácil, te sigues hasta Moscú y me saludas a tu padre el pariente Lenin.

—Pero ahora, ya enojado, tu abuelo quizá ya no va a querer darme permiso —alegó la vieja.

—Dile que prometiste ir de peregrinación si la negra de Czenstojowa te hacía un favor. Con la ventaja de que si el viejo acepta hoy tus razones, el próximo año te vas a Lourdes, y el siguiente, te vas a Fátima, y el siguiente, a Montserrat, y luego buscamos más vírgenes negras y rubias adonde vayas, por los siglos de los siglos. Amén.

—Pero, ¿cuál favor alego que me hizo la virgen de Czenstojowa?

—El favor de sanarlo de aquella caída de la yegua cuando rodó hasta el fondo de la barranca.

—¿Y por qué no me acompañas? Si le digo que tú también vas, es posible que se ablande y nos deje ir a ambos.

Iba a decirle que yo a qué demonios iba a un santuario católico donde se venera una virgen, y negra además, maquillada por los mineros, carboneros católicos, fervorosos en su fe del carbonero, pero ya me había negado a secundar al patriarca y enemistarme con ambos era conspirar contra el confort que me brindaban al vacacionar en su casona.

Aposté por la vieja.

—Efectivamente yo debo ir contigo porque cuando rodó hasta el fondo del barranco fue porque la noche anterior me levanté a ir a orinar al solar. Al pasar por la caballeriza me asustó la yegua. En venganza le metí la lámpara en sus ollares y luego la alucé en ambos ojos, le tracé círculos concéntricos, primero en el ojo izquierdo y luego, en el ojo derecho, hasta pasmarla. Al día siguiente, desvelada y nerviosa por el susto de la lámpara se encabritó hasta mandar a tu marido allá al fondo del barranco.

Fui afortunado en la ruleta rusa y me tocó de compañera de compartimiento en el Transiberiano una mujer. Valentina, idéntica a la actriz franco-rusa Marina Vlady, cuyos apellidos reales eran Poliakov-Baidarov.

Me ahorro descripciones porque los destajos de las mecanógrafas se encarecen. Valentina es un témpano de mujer, con el agravante de unas altivas cejas de látigo.

Pronto rompimos el hielo. El deshielo se inició cuando ella me preguntó cuál era el propósito de mi viaje. Le confesé mi fracaso sentimental.

—¿Tan sólo por ella le das la vuelta al mundo?

—No hay otra forma de olvidarla. Desde Siberia sería imposible buscarla en un momento de debilidad. Sólo que ella lea a Jardiel Poncela y me diga:

—Nos vemos en Siberia, amor mío...

—Yo diría más bien que tu viaje es una locura —calificó ella con una sonrisa minimalista.

—¿Me estás diciendo loco?

Ni modo de desmentirla. De niño, en mi casa, me precipité desde lo alto de la escalera que conducía a la azotea. Aparentemente sólo sufrí una descalabradura. Pero con el tiempo, los míos empezaron a juzgarme loco. Mi caída no fue la del padre Adán sino la de la azotea. Aproveché que ya me desahuciaban como loco para multiplicar mis locuras.

En Zapotlán discutían dos sicólogos sobre mi caso clínico.

Lourdes sentenció que era paranoide:

—Recuerda cuando rompió todos los focos del alumbrado para que le perdieran la pista sus enemigos.

—Es esquizoide —adujo Julio—. Ten presente que robó un puesto de vendimias para tener el dinero suficiente con que invitar al cine a las dos solitarias yucatecas.

Me enfadaron. Me levanté de la mesa sin que se enteraran. Al salir di el portazo. Volví, abrí la puerta y pregunté:

—¿El portazo fue de mi yo esquizoide o de mi yo paranoide?

Como soy usuario de monóculo, miope de un solo ojo, en la capilla de la Hacienda de Santa Lucía me robé un exvoto: un ojo de oro, con el que algún devoto había pagado algún favor óptico concedido por la santa.

Cuando platiqué mi sacrílega hazaña en detrimento de santa Lucía me enteraron del currículo de ella. Desde entonces me simpatiza por exagerada. Harta de que algún galán le chuleara los ojos, se los sacó y se los entregó en donación altruista no cadavérica.

Allá en Siberia recordé a la malcasada de los ojos de malaquita cuando vi los ojos azules de la transiberiana, Valentina.

De ser fiel devoto de los arranques ópticos de santa Lucía me convertí en fiel de la balanza.

En un platillo coloqué los ojos verde malaquita de la malcasada, verdiojetes, y en el otro platillo sopesé los ojos azules de Valentina, la transiberiana, mi particular Marina Vlady, mi compañera de compartimiento, portadora de ojos color hielo, de un tan tenue azul, anémico azul, azul horizonte, azul no se culpe a nadie, ni de mi depresión ni de mi eutanasia.

Carezco de prejuicios pero en los portales de Whiskylucan se paseaba una hermosa muchacha cuyos ojos azules provocaban que las abuelas exclamaran: —Hay ojos que hacen cara.

En otros pueblos toleran al tonto de la colina, al tarado inofensivo que convive sin graves daños.

En Whiskylucan, la loca de la aldea era la niña de los vacíos ojos azules, siempre con la mirada perdida en el infinito o en los carámbanos o glaciares del Polo Norte.

No he terminado de justificar por qué me llamo a mí mismo fiel de la balanza.

Agrego que en mi muro de souvenirs tengo el robado exvoto, el ojo de santa Lucía, y al lado, aparece la mano de Fátima, esa mano protectora, adquirida en un zoco de Marruecos, que supuestamente marca el alto a quien pretende dañarnos con el mal de ojo. Espero que Fátima, la ojiverde hija de Mahoma, con su mano detenga el mal de ojo de hembras ojizarcas como Valentina.

Valentina se volvió más hermética porque no me creía que mi propósito del viaje era simplemente distanciarme de una mujer ajena. Me observaba con mucha desconfianza. Yo al revés, me desinhibí porque tenía la convicción absoluta de que nadie me conocía.

La acosaba yo a preguntas y me contestaba con frases telegráficas.

—¿Y tú a dónde vas?

—A Vladivostok.

—¿A qué vas hasta allá?

—A visitar a mi padre, que es funcionario naval. Hace seis años que no lo veo.

—¿Ustedes también viven la vida en lapsos sexenales como nosotros? —le pregunté sin ningún ánimo humorístico—. ¿Vas a concluir el plan sexenal de ausencia paterna?

—Quizá esté enfermo —me dijo.

Me crecí al castigo, me crecí ante su silencio y en forma alegórica decidí criticarle su huraña desconfianza.

—Tú sí me pareces una muñeca rusa. Me advirtieron que si le rasco al ruso aparece el tártaro, pero dentro de ti no sólo hay otra sino otras. En mi tierra preferí no despedirme de nadie porque ya sabía que iban a solicitarme que de regalo les llevara muñecas rusas.

Todos aman no a Barbie sino a su muñeca rusa y si no la tienen la añoran. Hasta las maestras quieren su muñeca rusa, aunque para fines inconfesables. Con la muñeca rusa les advierten a las adolescentes sobre los peligros de ser madre soltera.

Al menos logré que sonriera esa monalisa helada llamada Valentina que me había tocado como compañera de compartimiento.

—Me gusta tu nombre Valentina. Quiero que sepas que también es nombre mexicano. Yo cantaba una canción llamada Valentina: “La Valentina quiero oírla, pero ya”. Valentina es nombre nocturno. Mis días ricos en mi aldea terminaban en la fonda de pollos Valentina.

Sonrió, parecía abrirse un poco y me dijo:

—Me bautizaron Valentina en honor de la astronauta Valentina Nikolayeva Tereshkova.

La madre de Valentina era operaria en una fábrica de seda

en Uzbeco.

Cuando me lo platicó pensé en una cerda vestida o revestida en seda. No se lo dije porque no fui a Siberia a provocar conflictos. Simplemente me acordé que mi maestro de etimologías, que era un provocador, a nuestras compañeras les había dicho:

—Tienen razón en confundir la seda con las cerdas. Etimológicamente es lo mismo, según nuestro maestro Patricio Barrancas. Seda es palabra que proviene de cerda, de cola o crin o vello de marrana o jabalí.

Nuestro mentor agregó, con dedicatoria a las compañeras, que cuando alguien las piropeaba diciéndoles cutis de porcelana, en realidad las llamaba reinas de la zahúrda, porque porcelana es una palabra que proviene de pork...

En la escuela primaria, otro profesor nos ilustró. A falta de triunfos atribuibles al padre de la patria, nos reveló que Miguel Hidalgo y Costilla sembraba moreras para alimentar a los gusanos de seda. Su ejemplo no fue secundado. Ahora me informan que sólo hay moreras en los mariposarios, y que tal vez en algún oscuro poblacho, todavía algunas mujeres con seda o artisela, según los escépticos, con orugas que hilan hasta un kilómetro fabrican rebozos de esos que pueden pasarse a través de un anillo, como los camellos por el ojo de una aguja.

Mientras se las pellizcaba le chuleé las mejillas a Valentina. Ella me refutó el cariño.

—Creo que es parte de tu rutina galante. Hasta a las pálidas les dices manzanillas.

Me adorné:

—Si hay alguien que sabe de rubores y arreboles soy yo. Diría que soy el especialista mundial de mejillas sonrosadas. Por padecer de eritrodermia, aunque era un indescifrable faja-dor zurdo, tuve que cancelar mi promisoria carrera de pugilista. Cualquier rozón con el guante me dejaba la piel sarpullida.

Ningún juez de ring me habría dado el triunfo por decisión.

Me consta lo que es una sonrosada piel tersa. He tenido la evidencia en las yemas de mis dedos. He digitalizado su belleza y la atesoro.

En Atracomucho, los nativos te señalan el cerro más alto: el cerro llamado Cerro Añejo.

En sus entrañas no hay oro ni plata ni algún mineral radiactivo. El cerro ni siquiera sirve como pedestal o plinto de antena radiofónica. Es, orográficamente, como las jorobas de los dromedarios, una protuberancia llena de agua.

Los vendedores piratas de mi aldea llenan las viejas botellas de agua Perrier o agua de Vichy o agua de Evian en los manantiales de ese cerro.

Mejor aún, en las faldas del cerro un vivaldes instaló una caja de agua con ducha adosada. A las veinteañeras muñecas carnívoras de su harem o plantel, las baña ahí, pero para satisfacción de nuestra hambre estética, nos alquila la ducha.

Ahí se bañan las flores más bellas del ejido: es el agua tan rica y mineralizada que es preciso destapar los orificios de la regadera.

Vale la pena el destape porque nuestras amigas, desde que se humedecen ahí, así, tienen la piel más tersa y sonrosada que la cuajada belleza artificial de Cleopatra, que es fama que se bañaba en leche de burra, lactosada o pasteurizada.

Le insisto a Valentina que conozco algo de pieles pink y suavizadas, y agrego:

—Tengo un tío jesuita que es misionero en Chihuahua.

Allá el frío le maquilla las mejillas. Cuando viene al pueblo las mujeres lo rodean, lo besuquean y le piden la receta. Diría, a riesgo de que me acusen de exagerado, que algunas de sus súbitas fans viajan en el tren Chihuahua-Pacífico, para remontarse a las alturas, a recibir el mismo tratamiento. Quieren traer las mejillas de ese color rosa rarámuri que ob-

soletiza a Max Factor y demás charlatanes de pink powder puff.

Lucas Thompson arriaba su recua de burras lechosas por la calle Gante, al grito:

—Leche de burra para damas bañistas. Garantizo que se vuelven Cleopatras.

Pocas damas se sustraían a tan persuasiva mercadotecnia.

Pero también eran tentadoras las ofertas para machos, sucios, olvidadizos de aquel único baño en la pila bautismal.

Cuando Lucas Thompson preguntaba:

—¿De cuál burra prefiere?

—¿De cuáles tiene?

—Tengo leche de María Félix, de Elsa Aguirre, de Lilia Prado, de Andrea Palma o de Miroslava... Depende de cuánto quiera gastar.

Para prestigio de las diosas de la pantalla, Lucas Thompson bautizó a sus burras con los nombres de las divas.

Nunca faltaba el hipócrita, el vergonzante que olla en mano pedía:

—A ver, para mi mujer, dame un litro y medio de la leche de María Félix.

Con Valentina me entendía en un inglés de jerga, de úsese y deséchese, totalmente reprobatorio, que hubiera indignado a los catedráticos de Oxford y de Cambridge.

—¿Por qué no aprendiste un ruso de sobrevivencia, si ibas a pasear por aquí? —me preguntó ella.

Me confundía con un políglota de esos babélicos que ganan el salario mínimo en el edificio de la ONU.

—Vengo preparado —le alegué a Valentina—. Sé dón-

de piso en tu tierra. Estudié la diferencia elemental entre tundra (tierra tundida en la que sólo medra musgo, líquenes y arbustos bonsái), taiga (zona pantanosa en la que trespelequean pinos y otros ejemplares de coníferas) y estepa (la patria del lobo, el sitio donde yo hubiera ubicado la vivienda de Pedro Páramo, un yermo, un erial).

Pero además en este viaje ya aprendí, y conste que las gentes que me atienden en el carro-comedor me entienden ya, que hamlet significa omelete, y que gastronom se traduce como tienda de alimentos, o delicatessen para personas escasamente acaudaladas.

Vi que Valentina desdeñaba mi precario dominio de su idioma, y agregué algo que incluso ella ignoraba.

—Dime, ciudadana soviética, ¿qué significa el apellido del gobernante de tu país, qué significa Gorbachov?

—Los apellidos aluden a oficio u origen —respondió como académica.

—Cierto —dije con pomposidad—. Tu gobernante Mijaíl Gorbachov es hijo de un español exiliado en Rusia. Gorbachov es un apellido español. Significa látigo con que se castigaba a los forzados que en las embarcaciones eran flojos o lentos para remar.

Dicho en términos adultos: el corbacho es un vergajo, hecho con verga de toro, estirada, seca y retorcida, con el que se castigaba a los haraganes que trabajaban en los bergantines.

No me sorprendió que Valentina me dijera:

—Háblame de Frida Kahlo. ¿Es cierto que todas las mujeres en México tratan de parecerse a Frida?

—No sé si todas, pero Elba la hirsuta, sí. Además de ser cejijunta, se rasuraba las piernas dos veces al día. Una vez, cuando se levantaba, y la otra, cuando volvía a su casa a comer. Sus vellos despuntaban entre las medias. Picaban como chayotes, al punto que le decíamos la dama chinchayote. Ella

dejaba de hablarme. Yo le juraba que el chinchayote con leche era un manjar. Pero a sus espaldas comentábamos que en la casa de Camila las nenas más cotizadas eran unas muchachas conocidas como las portuguesas, lisas como un piano, carentes incluso de vello púbico.

Yo fui novio de la hirsuta Elba por contraste: era lampiño. Por halagarme le recordé el refrán español: mujer con bozo, beso sabroso. Casi me termina. Para piropearla en la calle, tras verle las piernas y los velludos brazos, le gritaban: si así está el camino cómo estará el rancho. Su padre, que era macho de pelo en pecho, para presumir sus dones, platicaba que cuando ella era bebé, él podía levantarla asida de los pelos de la rabadilla. Sobre sus pudendas, la selva negra se ramifica en una cruz tan barbada como los profetas del Antiguo Testamento. Cuando ocurrió el sismo del 85 dormíamos en un hotel cercano al estadio de béisbol. Sus orgasmos coincidían con los jonrones, y exhaustos, muertos para el mundo, nos despertó el jaloneo de Richter. El espejo de la bóveda que nos reproducía el gozo, se nos cayó encima. Ella herida por los vidrios, sangraba. Entonces con fiebre estética, reconocí: —Ahora sí te pareces a tu adorada Frida...

Ante el silencio de Valentina, terminé mi relato:

—Los iconoclastas en México no le pintan bigotes a la Mona Lisa, se los pintan a Frida. Los indígenas la reverencian en semana santa como la Dolorosa de los siete puñales. Las feministas deploran que su marido, el luchador de sumo, el panzón Diego Rivera, le haya provocado la muerte: la aplastó cuando cumplían con el rito conyugal...

—Tú eres el segundo mexicano que conozco —me dijo Valentina, como si con esa novedad resultara yo meritorio pionero.

—Tú no eres la primera rusa que conozco, pero sí la más bella —respondí por galantería y di en el blanco.

—¿Qué los mexicanos no viajan o por qué no había te-